

**SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**  
**(30 de Mayo de 2008)**  
**(Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes)**

En esta Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, recordando los beneficios de su amor para con nosotros como hemos dicho en la oración colecta, fijemos los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón en Cristo, único salvador de nuestra vida y de la vida del mundo. Contemplando el Rostro de Cristo y su Corazón traspasado por amor, encontraremos la imagen del hombre perfecto, la respuesta más completa a nuestra infinita sed de felicidad y la revelación más sublime del amor que Dios nos tiene. Sólo la fascinante humanidad de Cristo será capaz de llenar el abismo de necesidad que es nuestra humanidad y de iluminar nuestras tinieblas con la luz de su misericordia. La fiesta del Corazón de Jesús proclama la grandeza del amor de Dios a los hombres, manifestada en Cristo, cuyo Corazón abierto en la cruz, fue la máxima prueba de generosidad y la fuente de donde manaron los sacramentos de la Iglesia.

Toda la liturgia de hoy nos habla del amor de Dios. Ya en la primera lectura podemos ver, en las palabras de Moisés a su pueblo, cómo el amor de Dios se va manifestando, en la historia de Israel, de una manera muy profunda y eficaz: *“Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás – porque sois el pueblo más pequeño- sino por puro amor vuestro” (Dt 7,6-11)*. Dios ama a su pueblo apasionadamente y lo ama, no porque necesite su amor, sino de una forma totalmente gratuita, por pura gracia, para que el pueblo se sienta seguro y feliz junto a Él. En la historia del pueblo elegido vemos cómo Dios está continuamente manifestando su amor. Lo manifiesta especialmente liberándolo de la esclavitud: *“El Señor os sacó de Egipto con mano fuerte y os rescató de la esclavitud, del dominio del faraón” (Dt 7,6-11)*. El Pueblo de Dios será continuamente invitado a caer en la cuenta y a reconocer ese amor misericordioso de Dios que de forma constante le acompaña y le libra de todos los peligros: un amor desinteresado, que no tiene más motivo que el hecho mismo de amar. El pueblo es invitado a acoger ese amor y a vivir en alianza perpetua con Dios para así estar continuamente recibiendo las gracias del Señor. Así se lo hace saber Moisés: *“Así sabrás que el Señor tu Dios es Dios: el Dios fiel que mantiene su alianza y su favor con los que lo aman y guardan sus preceptos” (Dt. ,6-11)*.

Jesús, en la plenitud de los tiempos, en la plenitud de la Revelación, vino a culminar la manifestación del amor del Padre y a revelarnos la respuesta perfecta, por parte del hombre, a ese amor. En el evangelio que

hemos escuchado vemos como Jesús, en su humanidad, está lleno de gratitud al Padre: *“Todo me lo ha entregado mi Padre”*. Jesús acoge plenamente el amor del Padre, vive del amor del Padre, está lleno del gozo del Padre. Y ese amor lleno de gozo lo derrama sobre nosotros. Jesús llena a los hombres del amor del Padre, les hace ver el amor del Padre y les invita a vivir confiados en el amor del Padre.

Vemos en el evangelio cómo Jesús, lleno del amor del Padre, llama a los hombres, a todos los hombres, especialmente a los que están cansados y oprimidos a que vengan a Él y descansen en Él: *“Venid a Mí los que estáis cansados y agobiados y Yo os aliviaré. Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”* (Mt.11,25-30). ¿Y cual es ese yugo al que se refiere Jesús? El yugo de Jesús no puede ser otro que el amor, el amor hasta dar la vida. *“Amaos los unos a los otros como Yo os he amado”*. Jesús nos pide que amemos como Él, dando la vida y que como Él seamos, mansos y humildes de corazón. Éste es el único pasaje del evangelio en el que Jesús habla de su propio Corazón. El Corazón de Jesús es un corazón manso y humilde que acoge a los que están cansados y agobiados por el peso de la vida y las dificultades del camino. El Corazón de Jesús no es un corazón dominador y orgulloso. El Corazón de Jesús es un corazón de hermano, que se pone a nuestra altura. No es un corazón duro y conquistador, sino un corazón compasivo y misericordioso que sólo busca acoger, comprender, ayudar y crear entre los hombres una sólida y firme comunión de amor. Quien carga con este yugo de amor que nos ofrece el Señor, encuentra alivio y descanso para su alma. *“Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera”*. Quien acepta voluntariamente el yugo de Jesús, es decir su mandamiento de amor, recibe su ayuda para soportar todos los sufrimientos y fatigas de la vida, que lejos de hundirnos, con la ayuda del Señor, se convierten en fuente de crecimiento espiritual y de madurez humana. De esta manera, hasta las mayores fatigas y sufrimientos terminan convirtiéndose en algo soportable y ligero. S. Agustín llega a decir. *“Donde hay amor no hay pena y si hay pena ésta es amada y al ser amada se convierte en carga ligera como nos dice el Señor”*.

Hoy celebramos la Jornada mundial de oración por la santificación de los sacerdotes. Pidamos al Señor por todos nosotros y por los sacerdotes del mundo entero y por los que se preparan para el sacerdocio, para que haga de nosotros pastores según su Corazón. El Corazón de Jesús es la fuente y el modelo de todo corazón sacerdotal.

Pidamos al Señor que nos haga vivir el sacerdocio con una inmensa alegría y una inmensa gratitud. El Señor nos ha concedido, para el servicio

de todo el pueblo de Dios y a pesar de nuestras muchas miserias, la gracia más grande que se puede conceder a un hombre: la gracia de hacerle presente en la Eucaristía, la gracia de perdonar, en su nombre, los pecados y la gracia de prestarle nuestra voz y nuestra vida para anunciar a los hombres su Palabra. Llenos de ese amor tenemos que ser para el mundo, como nos exhortaba el Papa en la homilía de sus últimas ordenaciones sacerdotales, testigos y servidores de la alegría de Dios. *“Queridos amigos ésta es también vuestra misión: llevar el Evangelio a todos, para que todos experimenten la alegría de Cristo (...). ¿Puede haber algo más hermoso que esto? ¿Hay algo más grande, más estimulante que cooperar a la difusión de la Palabra de vida en el mundo, que comunicar el agua viva del Espíritu Santo? Anunciar y testimoniar la alegría es el núcleo central de vuestra misión (...) El apóstol Pablo llama a los ministros del evangelio “servidores de la alegría”. A los cristianos de Corinto les escribe en su segunda carta: “No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestra alegría, pues os mantenéis firmes en la fe” ( 2 Cor 1,24). Son palabras programáticas para todo sacerdote. Pare ser colaboradores de la alegría de los demás, en un mundo a menudo triste y negativo, es necesario que el fuego del evangelio arda dentro de vosotros, que reine en vosotros la alegría del Señor. Sólo podréis ser mensajeros y multiplicadores de esa alegría llevándola a todos, especialmente a cuantos están tristes y afligidos” (Benedicto XVI. Homilía del 27 de Abril de 2008).*

Llenos de esta alegría del Señor abriremos en el mundo caminos de esperanza. Seremos hombres de esperanza: una esperanza fundada en el amor de un Dios que en Jesucristo su Hijo, en el Corazón humano de su Hijo, se nos muestra permanentemente comprensivo y cercano. Hemos sido elegidos para transmitir la alegría y la esperanza de Jesús, Buen Pastor, *“que habita en nosotros y da forma a nuestros deseos según su Corazón divino: esperanza de vida y de perdón para las personas encomendadas a nuestro cuidado pastoral; esperanza de santidad y de fecundidad apostólica para nosotros y para toda la Iglesia; esperanza de apertura a la fe y al encuentro con Dios para cuantos se acerquen a nosotros buscando la verdad; esperanza de paz y de consuelo para los que sufren y para los heridos por la vida” (Benedicto XVI. Homilía del 27 de Abril de 2008).*

En la segunda lectura encontramos la revelación más sublime de todo el Nuevo Testamento: *“Dios es amor”*. Esta frase resume toda la revelación bíblica. Dios se ha revelado como un Dios de amor, un Dios que es amor en sí mismo. No sólo el amor viene de Dios, sino que Dios es amor. En esta Solemnidad del Corazón de Jesús que es la fiesta del amor divino encarnado en el Corazón humano de Cristo, dejemos que ese amor llene nuestras vidas de consuelo y fortaleza. En el Corazón humano de

Cristo se nos revela el infinito amor que Dios nos tiene. Así nos lo explica S. Juan. *“En esto consiste el amor no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero y envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados”* (1Jn 4,7-16). Víctima de propiciación significa “instrumento de perdón”. Dios Padre envió a su Hijo como instrumento de perdón. En Cristo y por el ministerio apostólico el pecado es perdonado y destruido. Realmente si lo miramos bien lo más doloroso que hay en nuestra existencia es el pecado. El pecado nos deshumaniza, no nos deja crecer y madurar como personas, nos quita la dignidad y nos introduce en un camino de perdición. Por eso el amor de Dios a los hombres pecadores se ha manifestado enviando su Hijo al mundo como “instrumento de perdón”. Y, nosotros, sacerdotes, identificados con Cristo somos hoy entre los hombres ese instrumento de perdón. Somos los portadores de la alegría divina. Somos los hombres de la esperanza.

Acojamos en este día este gran amor que Dios nos tiene. Dejémonos modelar por Él. Dejémonos amar por Él. Y que este amor de Dios, acogido en nuestro corazón se convierta, por nuestra parte en amor activo. Que el amor de Dios despierte en nosotros el amor a nuestros hermanos. *“Amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”* (1 Jn 4,7-16).

Démosle gracias a Dios en este día, por la revelación de su amor en el Corazón de Cristo y miremos también a María que supo guardar en su corazón las maravillas que Dios iba realizando en ella. Y en esta Jornada de Oración por la santificación de los sacerdotes pidamos su intercesión:

*“Madre, que dijiste el sí más grande y maravilloso  
de todos los tiempos,  
que nosotros, los sacerdotes,  
sepamos convertir nuestra vida de cada día  
en fuente de generosidad y entrega,  
y, junto a ti, a los pies de las grandes cruces del mundo,  
nos asociemos al dolor redentor de la muerte de tu Hijo  
para gozar con Él del triunfo de la resurrección  
para la vida eterna. Amen.*  
(Congregación del Clero. Fiesta del Corazón de Jesús. 2008)